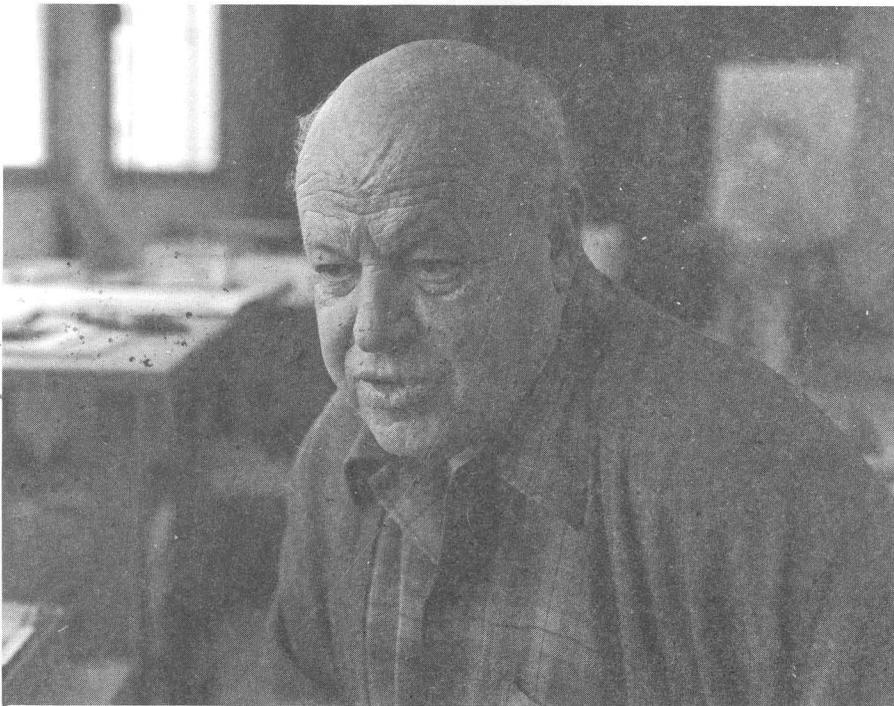
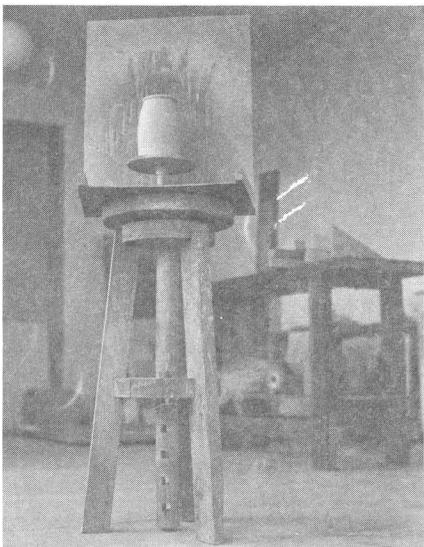


EDUARDO GREGORIO, EN SU TRABAJO



«SIEMPRE ME HA GUSTADO DAR CLASES» PREPARA MONITORES PARA LOS TALLERES DE FORMACION PROFESIONAL ESPECIAL

El taller es acogedor. Don Eduardo Gregorio, como firma todas sus obras, nos atiende



con la amabilidad que le es característica. Charlar con un hombre con tantos años de universidad vital es como beber de una fuente inagotable; sus aguas límpidas, pacíficas, transparentes, rezuman tranquilidad y la transmiten al que la toma. Así se desliza nuestra conversación, por los cauces del sosiego, entre bocetos, objetos de alfarería, cerámica,...

"La tierra de esta isla, la del país, debido al mucho óxido de hierro que contiene, no permite que se alcancen altas temperaturas en el horno. Ello hace que los productos que con ella se fabriquen sean permeables."

Hoy, don Eduardo Gregorio practica la docencia. Está al frente de este hermoso taller, propiedad de nuestra Entidad, para preparar monitores que puedan enseñar posteriormente en los Talleres de Formación Profesional Especial de la Caja.

"Ahora les estoy enseñando el "abc", lo elemental, que es la alfarería. Estos chicos vienen y toman apuntes de todo lo que les explico. Aquí puedes ver unos cuadernos donde está anotado todo lo preciso para montar un taller. Son materiales que yo tengo en pequeña cantidad y un horno de no muy grandes dimensiones. Estas clases van acompañadas de práctica. Les muestro el manejo del horno, cómo preparar las mezclas, las temperaturas a que se puede llegar con las masas, etc."

Para don Eduardo se trata de andar por casa. Las explicaciones brotan espontáneas. Nos advierte que si continúa así terminaremos sabiendo tanto como él. Pero no. Comprendemos el mérito de su tarea y las dificultades que entraña.

"No; no es fácil manejar el horno. Es un instrumento que hay que conocer bien. Lo más complicado es llegar a los 500°. Es lo que llamamos el resudamiento; la masa se deshidrata, expulsa la humedad; y ello ha de realizarse paulatinamente ya que, tanto por defecto como por exceso, puede quebrarse el "bizcocho". Estos chicos realizan pruebas. Así, con experiencias de éxitos y fracasos, adquieren el conocimiento preciso."

Nos muestra el horno pequeño que se trajo de Venezuela. Y el nuevo adquirido por la Caja. Su mirada parece vislumbrar las siluetas que allí se han cristalizado y las que lo harán en el futuro.

"El ideal que me he propuesto



es el de continuar con la tradición ceramista de nuestros aborígenes. Como sabes, dicha tradición se vio rota por diversos motivos. Me gustaría, partiendo de la base que nuestros antepasados nos legaron, desarrollar este arte, actualizarlo, pero sin perder nunca la conexión y sin copiar".

Don Eduardo Gregorio respeta el espíritu creador de sus discípulos. Nos narra anécdotas de su periodo didáctico en la Escuela Luján Pérez. Siempre con esta idea.

"Mi alumno había copiado una cara muy desproporcionada. Yo le pregunté si había advertido la falta de correspondencia en las formas. Es que estoy interpretándola, me contestó. Es una anécdota que nunca olvido. No me importa que me copien; el perjuicio sería para quien lo hiciera. ¿Qué saco yo con pintar hoy las Meninas? Y esto es muy difícil en la docencia: enseñar sólo la técnica, pero sin poner barreras al ánimo creador. Hoy mismo me he llevado una sorpresa visitando los Talleres de Formación Profesional Especial de la Caja. Un pequeño me ha enseñado unas figuras que me han llamado poderosamente la atención; son bastante buenas y manifiestan una espontaneidad que en los artistas consumados suele ser rebuscada. Le he dicho que venga por aquí, ya que desconociendo la técnica, son frágiles."

Evidentemente don Eduardo no piensa quedarse sólo en la alfarería. Sus proyectos son más ambiciosos.

"La idea de la Caja Insular es estupenda ya que por su carácter manual esta tarea es menos ardua para estos chicos que demuestran especial habilidad para todo ello. Pienso enseñarles todo lo que sé. Yo no guardo secretos profesionales. Por ahora, como te dije, estamos en los comienzos, haciendo macetas, ceniceros, etc. en alfarería. En un segundo paso, les enseñaré los secretos de la loza, donde se emplea ya la tierra blanca y el calor preciso es superior; igualmente, nece-

sita esmalte, no ya como elemento decorativo, sino como impermeabilizante. El Doctorado en cerámica es el gres, donde se cristaliza; la mezcla de tierras es muy difícil y debe de ir tan bien preparada que si fallase en algo, con el calor se separarían. También pienso pasar después a la porcelana, donde se alcanzan ya temperaturas del orden de los 1.300º y el esmalte se le da a temperaturas inferiores."

Seguimos a don Eduardo Gregorio entre sus anotaciones, sus trabajos. Nos da detalles de cada uno y de cómo ha conseguido los colores; las fórmulas que estudia y prepara. Es un mundo apasionante, donde el arte brota con toda su pujanza en medio de la paz que envuelve al estudio. Hay muchos catálogos.

"Yo en realidad soy escultor. Algún tiempo viví al lado de un famoso ceramista y algo se me quedó. En una ocasión representé a España en un certamen internacional de escultura en Tánger, obteniendo para ella el premio. Allí me di cuenta de que África es más colorista. Comencé a recopilar datos y, de regreso a Barcelona, me perfeccioné. Venezuela fue mi etapa siguiente. Siendo escultor, se me llamó de una famosa fábrica de azulejos para dirigir la sección artística; allí monté un tallercito y preparaba objetos de adorno para el hogar. De allí, de Caracas, me llamaron a Valencia de Venezuela para dar clase de cerámica.

Con un grupo de alumnos realizamos una exposición en el Museo de Arte de Nueva York. De Venezuela me traje la Medalla de Plata de la Exposición Internacional de Cerámica Contemporánea, celebrada en Praga y a donde acudí en representación de aquel país, y los premios nacionales de escultura y cerámica."

Los recuerdos renacen en su memoria y se esparcen en el ambiente del estudio. Nos habla de su regreso a Canarias.

"La idea de la Caja de ponerme

este Taller me pareció muy buena. No sólo por el hecho de saber que iba a ser de provecho a los muchachos de los Talleres de Formación Especial, sino porque, para convencerme, adujeron el argumento de la perpetuación de una tradición que, de no enseñarla, corría el peligro de desaparecer. Como sabes y ya antes te hablé, la cerámica es algo muy propio de nuestros aborígenes; ellos buscaban una piedra que tuviese la forma adecuada, pues carecían de torno, modelaban y, como horno, usaban un agujero en el suelo que llenaban de maderos. El pulido lo conseguían frotando el objeto con una piedra lisa o una madera. Ahí hay algo de interés, ya que también quiero que estos muchachos aprendan a trabajar sin torno y conseguir figuras que abandonen la forma tradicional y se lancen, incluso, a la creación artística."

En una estantería se encuentran diversas obras de don Eduardo. Algunas de sus alumnos. Nos explica que varias se hallan en el stand de la Caja en la Feria del Atlántico. Hospitalario nos muestra el resto del edificio, dormitorio, baño, ... En todo reluce la mano del artista.

Ya en el jardín, hermoso jardín cuidado por la mano de su esposa, le hablamos de bocetos que hemos visto. Le preguntamos por la escultura.

"Te dije que soy escultor y eso no puedo abandonarlo nunca. Ahora tengo el proyecto de realizar el Cristo de la iglesia que la Caja construye en la Barriada de Zárate."

Hemos pasado un rato agradable con don Eduardo Gregorio. Durante unas horas nos parece haber vivido en un mundo distinto. En un mundo donde las ideas se transforman en cerámica, o donde la madera traduce en lenguaje de golpes el espíritu del artista. Un espíritu, una tradición que, gracias al interés de la Caja Insular de Ahorros y la valiosísima colaboración de don Eduardo Gregorio no se perderán.